

ROBERTO CIAI
Y MARCO LAZZERI

1527
EL INFIERNO
DE ROMA

algaida
INTER

Título original: *1527 L'Inferno di Roma*

Primera edición: 2015

Autores: Roberto Ciai y Marco Lazzeri

© 2013 Leone Editore, Milán.

Publicado de acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agent. Italia

© Traducción: Pablo Manzano Bernárdez, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9067-177-1

Depósito legal: SE. 80-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ROMA. DOS AÑOS ANTES DEL ASEDIO. Abril de 1525	15
BASILEA. UN MES ANTES DEL ASEDIO. Abril de 1527	33
ROMA. LA MAÑANA DEL ASEDIO. 6 de mayo de 1527	41
BASILEA. UN MES ANTES DEL ASEDIO. Abril de 1527	115
ROMA. EL DÍA DEL ASEDIO. 6 de mayo de 1527	121
BASILEA. UN MES ANTES DEL ASEDIO. Abril de 1527	145
ROMA. EL SACO. 7 de mayo de 1527	151
ROMA. EL SACO. 8 de mayo de 1527	255
ROMA. EL SACO. 9 de mayo de 1527	319
ROMA. EL SACO. 10 de mayo de 1527	329
BASILEA. UN MES ANTES DEL ASEDIO. Abril de 1527	345
ROMA. EL SACO. 10 de mayo de 1527	353
APENINOS CENTRALES. 15-16 de mayo de 1527	391
APENINOS CENTRALES. Julio de 1527	439
ROMA. A mediados de agosto de 1527	459
ROMA. Fin de agosto de 1527	489
APENINOS CENTRALES. 29 de septiembre de 1527	497
NOTA FINAL	505
AGRADECIMIENTOS	507

A Giovanni, que lo habría leído con placer.

A Mario, que ha combatido.

A Elsa que aún combate.

El infierno no es nada frente al aspecto que presenta Roma en este momento.

Y allí fueron las madres, que no pudiendo ver las abominables obscenidades que hacían a sus hijas, con sus propios dedos se arrancaron los ojos de la cabeza.

JACOPO BUONAPARTE DI SAN MINIATO,
*Ragguaglio storico di tutto l'occorso,
giorno per giorno, nel Sacco di Roma
dell'anno 1527.*

EL SEXTO DÍA DEL MES DE MAYO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 1527, en una mañana de lluvia y niebla, el ejército imperial se presentó ante las murallas de Roma, sobre la colina Janículo.

Estaba compuesto de unos quince mil soldados, en gran parte lansquenets y de los tercios españoles. No tenían artillería pesada y frente a ellos veían las imponentes murallas leoninas de la ciudad de los papas.

Sin embargo, extrañamente, en pocas horas consiguieron entrar en Roma, ocuparla y arrasarla.

Los testigos de la época hablaron de crueldad y violencia inauditas e inconcebibles, perpetradas contra hombres, mujeres y niños.

Sin misericordia. Sin ninguna compasión.

Nada fue respetado. Iglesias, hospitales, escuelas, monasterios, casas. La sangre enrojeció el Tíber hasta su desembocadura durante días y días.

Después llegó la peste.

De los cincuenta mil habitantes, murieron más de treinta mil. Nadie acudió en ayuda de Roma.

ROMA
DOS AÑOS ANTES DEL ASEDIO

Abril de 1525

1

DESDE ARRIBA, EL MAYORDOMO OBSERVABA A LOS INVITADOS al banquete.

Estaba acurrucado detrás de un agujero de la pared, escondido en la bóveda de la sala pintada al fresco. Sus labios se movían de modo casi imperceptible porque trataba de destilar las frases que leía en las bocas de los huéspedes. Al menos, las más interesantes. De vez en cuando desviaba la mirada y escribía algo en una hoja llena de garabatos y anotaciones.

Apenas volvió la cabeza, manteniendo los ojos clavados en el agujero, y se dirigió al sirviente que esperaba de pie, a pocos pasos de él.

—Haz que cambien los candelabros que están detrás del cardenal Della Valle. No debe sentirse desatendido.

El hombre dejó la galería y acudió a referir las disposiciones correspondientes a los sirvientes responsables de los candelabros.

El mayordomo hizo sonar los labios. «Los secretos deberían tenerse encerrados en un solo cajón», pensó. La existencia de aquel observatorio escondido habría estado más segura si hubiese podido abandonar de vez en cuando su puesto e im-

partir las órdenes sin intermediarios, pero el patrón había sido clarísimo:

—No te muevas por ninguna razón.

«Olindo, esta noche sabes cuál es tu puesto», le había dicho el poderoso cardenal Pompeo Colonna, sentado entonces en su mismo sillón, pero vestido con su bata. «Seguirás y tomarás nota de las actitudes y de las palabras del hijo del cardenal Farnese. Estoy muy interesado también en los movimientos del conde de Anguillara y de cualquier otro, naturalmente. Pero Farnese. Sobre todo Farnese».

Había sentido que su mirada le perforaba el rostro. «Te recomiendo que no me defraudes».

—¡Brindemos! —gritó Colonna, devolviéndolo al presente—. ¡Brindemos por el emperador, vencedor de los castrados franceses! Alzad las copas junto a mí. ¡Viva Carlos!

Los labios del cardenal sonreían, pero los ojos eran otra cosa. Estudiaban quién había alzado la copa más lentamente que los demás o con menos entusiasmo. Desde arriba, Olindo también observaría y escribiría todo en un informe.

Al cardenal le había costado algún dinero enseñar a leer y escribir a aquel patoso campesino de Paliano, pero había valido la pena. Tenía dotes raras e inestimables. En su escondrijo entendía los pensamientos que estaban detrás de las máscaras. Conseguía interpretar los labios y comprender las muecas, las falsas sonrisas, los ataques de tos y los guiños de los nobles igual que en su juventud había sabido escoger de un vistazo las mejores bestias que comprar en el mercado.

Colonna prosiguió, manteniendo levantada la copa.

—El joven rey francés aplacará su soberbia en las cárceles, junto a las cucarachas. Salud también a él.

Carcajadas de burla. Todos rieron; Olindo subrayó: «Todos».

Después del brindis, el purpurado se enjugó los labios y dio dos palmadas antes de volver a sentarse. Al unísono, los camareros abrieron las puertas y el cortejo llenó la sala.

Sobre los dedos tensos de los sirvientes, decenas de bandejas parecieron planear por el aire. Asados de buey, cordero y cerdo se cruzaron con las carnes de animales más pequeños. Una tercera bandada de portaviandas se cruzó en vuelo con las otras dos, sin dejar caer una sola brizna. Los comensales aplaudieron y se agitaron, tanto como para hacer parpadear las llamas de los candelabros.

Las voces bullían como aceite sobre llama. Y susurros, y murmullos.

Por su forma de reír, Pompeo parece verdaderamente satisfecho.

*Cuando pronuncies su nombre, cúbrete la boca con la mano,
si no quieres acabar en el Tíber.*

Su sonrisa no es felicidad ni su hospitalidad, cortesía.

Los camareros cortaron y sirvieron las carnes. Por las puertas aparecieron los músicos con sus instrumentos y se acomodaron en la parte más discreta de la sala, sombras sin importancia.

*Me sorprende verte aquí, Onorio, has estado desaparecido del aula del
Campidoglio desde hace más de una semana,
pensábamos que estabas enfermo.*

*Yo estoy enfermo de las joyas de una nueva esclavita mora
del palacio de Albano.*

*Me había llamado la atención hace unos años,
y, ahora que ha cumplido doce, la he hecho trasladar al
palacio para enseñarle algunos buenos modales.*

Los salterios y los laúdes entonaron un motivo alegre, acompañando el baile de las manos sobre las bandejas. Los dedos separaron trozos de carne, elevaron jarras, partieron los huesecillos de la caza, llevaron comida a las bocas ya untadas de grasa. Los labios saboreaban. Las lenguas chasqueaban.

El cardenal Colonna miró a los invitados con interés, ignorando la comida que venía precisamente seleccionada por el catador y cortada por el cortador con las dimensiones que deseaba.

Por un momento, el pensamiento que habría podido causar con facilidad estragos en la mayoría de los miembros de las mejores familias romanas lo atravesó con un escalofrío de placer cruel. No habría sido difícil. Pero alejó aquella idea con un pellizco de remordimiento que le veló los ojos.

Entraron las bailarinas, unas con indumentaria de pastorcilla, otras disfrazadas de ovejas. Agitaban las panderetas en un vórtice de muslos y cuellos estirados, y senos, y caderas, y espaldas resplandecientes de sudor.

Los bostezos cesaron de inmediato, mientras la música llenaba el aire. Las manos seguían el ritmo. Las falsas ovejas avanzaron a cuatro patas, moviendo los traseros. Se contoneaban. Se movían impacientes alrededor de las pastorcillas.

Pier Luigi Farnese vio la chispa en la mirada de Pompeo Colonna, pero no se preocupó. Separó un poco la silla de la mesa y agarró las caderas de la primera pastorcilla que bailó a su lado.

Estaba acalorada, con las mejillas rojas de maquillaje. Miró sonriendo al noble Farnese y continuó cantando, ondulando el cuerpo de un modo que parecía incendiar el aire. Se acercó hasta que sintió sobre el rostro la respiración de él.

Tiró la pandereta, balbuceó un ligero gemido sensual y se llenó la boca con los dedos del hombre, haciéndolos deslizarse

bajo los labios y sobre los dientes. Tenía la cola, el adhesivo, en los ojos.

—Para vos y solo para vos tengo tres bocas que saciar, majestad —le susurró—. Y son todas vuestras. Haced lo que deseéis.

Su mano descendió hacia la ingle del hombre, y apretó lo que encontró. Le hizo sentir el corte de las uñas.

Farnese elevó un ángulo de la ceja.

—Majestad no es un título apropiado para mí.

Ella permaneció impassible.

—De lo que tengo bajo los dedos diré que es, en cambio, muy apropiado para vos, señor.

En la sala, el vino llenaba los vientres y las vejigas, turbaba los ojos y las lenguas.

—El rey francés se pudre en la celda, ese es su puesto.

—Este blanco del Vesubio es néctar, no se puede dejar de beberlo.

—¡Cardenal, esta celebración quedará en la historia de Roma!

—¡Francia para el emperador! ¡Diez, cien, mil Pavías!

Farnese sacó los dedos de los labios de la muchacha, los hizo deslizarse hacia la parte inferior de su cuerpo y los metió entre los muslos desnudos. El índice y el corazón ahondaron en la carne blanda, el pulgar pellizcó. La joven gritó de sorpresa y cerró fuerte las piernas en torno a la mano.

—He hecho cinco prisioneros, señor. —Su carcajada era un tintineo de cristales. Se hizo de repente más aguda—. Siento que se agitan. Se agitan mucho, pero no tienen escape. Os los restituiré en vuestra cámara, cuando paguéis el justo rescate.

Farnese asintió.

—¿Tienes un hombre?

La mujer se encogió de hombros.

—Oh, es poco más que un muchacho, mi señor. No tendréis problemas con él.

Farnese se mordió los labios y sofocó un escalofrío.

—Tráemelo —le dijo, alejándola. Se pasó los dedos bajo la nariz y olió aquel perfume más bien amargo que se parecía al veneno. Fue lo último que le quedó de ella. La olvidó en un abrir y cerrar de ojos.

Entraron bailarines disfrazados de lobos negros; orejas puntiagudas, una corta piel sobre el cuerpo y nada más encima. Después de haber danzado entre ellos, se dispusieron en círculo y gritaron.

La música se interrumpió, se debilitaron las voces, las jarras permanecieron suspendidas en el aire. Los lobos se dispersaron por la sala aullando, alcanzaron a las ovejas y copularon con ellas. Las carnes se unieron y los gemidos llenaron el aire. Pero duró poco.

—Señores, señores —gritó de repente el cardenal Colonna, interrumpiendo las respiraciones que se hacían broncas.

Golpeó tres veces la mesa con la base de la jarra.

Era una señal convenida. El mosaico se hizo añicos. Los músicos abandonaron velozmente la sala, los lobos se separaron de las ovejas y las dejaron que recogiesen a toda prisa las ropas tiradas por el suelo.

—Hoy estamos aquí para celebrar dignamente la victoria del emperador —prosiguió el cardenal—. Este banquete es solo el primer fulgor de una antorcha que resplandecerá de modo deslumbrante. Quiero compartir con vosotros mis intenciones a fin de que esta victoria deje una huella también en Roma, su fiel aliada.

Colonna calló. Miró a todos los invitados, deteniéndose en el joven Pier Luigi Farnese. «Campesino puerco de mier-

da», pensó con desprecio, «descendiente de una familia de pastores».

Conocía los pensamientos de gran parte de los presentes. La mayoría se habría subido al carro del vencedor para después descender a la primera brisa que hubiese soplado en sentido contrario. Sabía que podía contar con el apoyo de las familias de menor rango, que por deudas de gratitud o financieras se habrían aliado con él, fuera lo que fuese lo que tuviera en mente.

Los Farnese eran otra cosa.

Sangre fuerte y huesos de hierro. Había organizado el banquete y toda aquella puesta en escena solo para ellos, que hacía poco habían llegado a la ciudad de la campiña romana. Giulia Farnese, la hermana del viejo Alessandro, el padre de Pier Luigi, había sido la amante del papa Borgia más de treinta años antes, y de los muslos blancos de aquella joven había nacido el prestigio de la familia y la púrpura del viejo. Después, los Borgia estaban acabados, pero Alessandro Farnese era poderoso.

Los deseos de un viejo papa español habían dado poder a un grupo de campesinos, asegurándose su gratitud, y Colonna contaba aún con su disponibilidad a venderse. Ofrecería una alianza con los grandes Colonna, ¡Dios!, se esperaba que babearan como perros glotonos delante de un hueso.

—Quiero que escuchéis con atención —dijo el cardenal— lo que dirán dos famosos artesanos que he convocado ante nosotros.

Calló de nuevo, tomó una jarra y bebió.

—Que vuestras vergas sean pacientes —añadió con una sonrisa extraña, cuando volvió a posar la jarra—, veréis que valdrá la pena.

El hombre entró haciendo ondear la cabellera gris. Los presentes esperaban otra cosa muy distinta, y lo acogieron con

un silencio decepcionado. Devoró la sala con la mirada y, por unos instantes, afrontó el silencio con otro silencio. Después, de repente, sonrió.

—Me llaman maestro Alvise. Alvise porque es mi nombre, maestro porque sé forjar y tornear los metales, construyo muelles, tornillos, cojinetes como ningún otro.

Movió las manos para formar un gran círculo delante de él.

—Es hora de que Roma muestre un reloj para impresionar al mundo. He trabajado en el taller de los Rinaldi en Venecia, y estoy en condiciones de satisfacer a esta gran ciudad.

Tras la palabra reloj, la sala se llenó de susurros. Alvise calló para reclamar la atención. Elevó el dedo para señalar al cielo.

—Imaginad verlo montado en la mole del castillo de Sant'Angelo, coincidiendo exactamente con el puente. Un reloj que muestre al mismo tiempo el ingenio moderno y la fusión entre pasado y futuro. Y no se cargará a mano, a diferencia del de la plaza de San Marco.

Escogió una cereza y la apoyó sobre la mesa, delante de Colonna. Después agarró una jarra llena de agua y la volcó sobre el tablero. El líquido hizo correr la fruta hacia el borde. Alvise lo agarró antes de que cayese.

—¡Ahí está el secreto! Lo moverá un mecanismo alimentado por el agua, que durará mientras el Tíber recorra su cauce.

—¡Eternamente! —gritó uno.

—Si a Dios le place así.

—No solo a él —se oyó murmurar. Colonna deseó que Olindo hubiese tomado la debida nota.

El artesano se aclaró la voz.

—Encauzaré una parte del agua del río de tal manera que mueva una gran rueda. El flujo permanecerá constante con las

sequías y con las riadas: no se cerrará en verano, no acelerará con las lluvias. La rueda moverá una segunda y esta arrastrará una cadena de bronce que, a su vez, transmitirá el movimiento a los engranajes. Realizaré un cuadrante de diez brazas y cuatro anillos concéntricos. El más exterior mostrará las horas y, a diferencia de los demás relojes, se moverá cumpliendo cada día un giro completo. No tendrá aguja, sino una estatua del Señor Dios que indicará siempre el mismo punto, firme como la Tierra en el cielo, según las enseñanzas de Aristóteles. El anillo más interior señalará el calendario litúrgico: Adviento, Navidad, Epifanía, Pascua...

Un joven obispo dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué burrada estáis contando? Todos saben que el día de la Santa Pascua varía cada año, y lo mismo el domingo de Pentecostés y el período de la Cuaresma.

Alvise hizo una señal a su derecha. Tres muchachos se acercaron al centro de la sala y apoyaron un trípode que sostenía una tabla cubierta por un paño.

—Vuestra observación es justa, excelencia —dijo, descubriendo el diseño que representaba el cuadrante. Señaló un gran círculo, que ocupaba más de la mitad de la mesa—. El domingo de Pascua cae entre el veintidós de marzo y el veinticinco de abril, según la combinación de las fases lunares. Así, este reloj sabrá calcular el día de Pascua para los próximos cien años y más. En fin, el disco central —gritó— ¡esta es la verdadera maravilla de un tal prodigio!

Hizo pasar el índice sobre la mesa.

—Ved un simple disco blanco y dos discos negros que, cruzándose, revelarán los ciclos lunares hasta el plenilunio. Estad seguro, excelencia, de que los mecanismos de ruedas, cadenas, muelles y piñones sabrán indicar las recurrencias más correctamente que muchos párrocos.

El cardenal Colonna levantó una mano.

—Gracias, maestro Alvise, bendigo vuestra arte y os despido.

El artesano se quedó con la boca abierta.

—Pero, eminencia, aún debo ilustrar el movimiento del arcángel Miguel, que desenvaina y envaina la espada...

—He dicho *gracias*, maestro Alvise —repitió el cardenal, con voz más dura. Le vio lanzar una señal nerviosa a los ayudantes, que recogieron los objetos y los hicieron desaparecer. El artesano hizo una inclinación de cabeza y los siguió.

Colonna se volvió a los huéspedes.

—Mantened aún vuestra atención. El prodigioso mecanismo del maestro Alvise deberá competir con la otra propuesta de esta noche.

Lanzó una mirada a un criado y volvió a sentarse.

El fraile vestía una túnica oscura, ceñida en la cintura por un cinturón tan gastado que parecía mantenerse unido solo por unos pocos hilos. Llevaba en bandolera una bolsa de cáñamo.

—Soy fray Mauro de Gravere, una pequeña población en los confines con los territorios de los Savoia. —Tenía una voz fina, que recordaba el maullido de un gato—. De pequeño, respondí a la llamada de Dios. Soy monje benedictino, sin embargo, el Señor me perdone, nunca he experimentado satisfacción en el consuelo de las almas. No era ciertamente esa mi misión, y el tiempo que se me ha concedido ha estado a menudo dedicado a las artes diversas. En los subterráneos de Turín —expliqué—, el gran Paracelso me enseñó a comprender los secretos de la naturaleza, la ciencia de los minerales y su misteriosa capacidad terapéutica. Quedé fascinado sobre todo por los dones de Dios ocultos bajo tierra y los busqué en todas partes. En las minas cercanas a Cesena, me he convertido en el confesor

de los mineros y de ellos he aprendido a utilizar el azufre para blanquear los tejidos, matar los insectos y crear medicamentos y ungüentos. Sobre todo a estudiar el uso más importante: el oro gris —concluyó—. La pólvora.

Los ojos azules del fraile se iluminaron. Vació el saco de los hombros y esparció el contenido sobre el suelo de mármol.

Con los dedos aró la pólvora esparcida en el suelo.

—Miradla, ¡aquí está el escudo del Señor Dios!

Cerró los ojos y se signó. Algunos huéspedes lo imitaron.

—¿Cuál es el mejor lugar de Roma para montar un polvorín? —Elevó el dedo al cielo, como antes que él había hecho el artesano—. El castillo de Sant'Angelo, os digo. Los cañones para la defensa de Roma y del santo padre encontrarán alimento en su vientre.

Volvió a unir los dedos y con la mano separó tres montoncitos de pólvora de diferentes dimensiones.

—La fórmula de este don divino es simple —añadió, indicando uno tras otro los montoncitos grises que estaban debajo de él—. Setenta y cinco partes de nitrato de potasio, diez de azufre y quince partes de carbón de haya. He estudiado atentamente esta pólvora y la he mejorado. Mi fórmula permite un alcance mayor y una mayor conservación en el tiempo, sin temor a la humedad.

Se volvió a Colonna. Inclino la cabeza y alargó los brazos.

—Si Roma fuese atacada, y digo si, sería fácil impedirnos el aprovisionamiento. Pero con un polvorín en el castillo podríamos defendernos aún con el enemigo dentro de las murallas.

—¿Cuánto costaría un proyecto así? —preguntó el cardenal solo por teatro, porque lo había discutido en privado largo y tendido.

El fraile se tomó el tiempo de un suspiro.

—El problema, aquí y en la Romagna, es el nitrato de potasio. Venecia lo importa en secreto desde Oriente. Pequeñas cantidades se obtienen raspándolo de los muros en los establos, en las bodegas, o cribando la tierra de los cementerios. Yo adoptaré una técnica de extracción rápida y poco costosa. Utilizaremos los excrementos de las ovejas, paja, mantillo, crisoles, agua y fuego.

Colonna escondió el rostro entre las manos.

—Hermano, no habréis traído con vos también mierda de oveja.

Todos los invitados rieron y, desde su escondrijo, Olindo asintió satisfecho.

El monje esperó a que las carcajadas se atenuaran y sacudió la cabeza.

—No eminencia. Ahora ilustraré el modo de cribar el azufre, la manera de desmenuzar el carbón y la de mezclar entre sí los elementos con bolas de hierro dentro de barriles agitados por las aguas del Tíber, o aún...

—No es necesario —lo interrumpió Colonna—. Habéis expuesto eficazmente vuestra propuesta.

Después se volvió a los huéspedes. Parecía cansado.

—Las pastorcillas y los músicos, según los gustos de cada uno, todos bien vistos por los ojos indulgentes del Señor, os esperan en la sala vecina. Satisfaced los deseos de vuestra naturaleza. Yo me retiraré a la capilla a meditar —suspiró.

El cardenal se sentó satisfecho en el banco más próximo al altar, mirando hacia arriba el crucifijo de oro y marfil con la misma atención reservada a las uñas blanqueadas. Lo distrajo el movimiento de un panel de yeso. Una puerta, escondida detrás de él, se abrió.

—Eminencia, vuestra intuición era justa —le reveló Olindo—. Esta tarde, el joven Farnese solo ha mostrado interés cuan-

do el monje ha hablado del polvorín. Durante la exposición ha inclinado la cabeza a un lado y le ha susurrado una sola frase al vecino. *Credo quia absurdum*, ha dicho. Exactamente así.

«¿Qué significa?», preguntaba su mirada. El cardenal no satisfizo su curiosidad. Hizo un gesto impaciente:

—Continúa.

—También algún oficial sin ninguna relevancia se quedó sorprendido.

—¿Y Orsini?

—Orsini fingía escuchar, pero en realidad os observaba a vos. No me ha parecido preocupado por el polvorín. En su mirada he encontrado cierta suficiencia, como si no os considerase a vos, y a los romanos en general, capaces de sostener una empresa tan audaz.

—Es lo que quería oír. Ahora...

—Perdonadme, eminencia —lo interrumpió el servidor—, interpretando vuestra voluntad, he hecho entregar a Farnese un mensaje de contenido oportunamente *carnal*, según sus indecentes gustos. Está esperando en vuestra biblioteca privada. Espera a un joven músico y no a vos, pero estoy seguro de que no lo decepcionaréis.

Colonna lo dejó con una risita bajo los bigotes y se dirigió a la biblioteca. Entró y cerró la puerta.

Observó la expresión decepcionada del hombre y se rio para sus adentros.

—No temáis, Pier Luigi. No experimento lujuria hacia vos. Deseo, sin embargo, hablaros de argumentos no menos excitantes.

No lo invitó a sentarse y tampoco lo hizo él, a fin de que quedase claro que el encuentro debía ser breve y rápido.

—Es el momento para todos de escoger de qué parte estamos. Es necesario que también vos decidáis a quien apoyar.

Los Farnese son una familia destacada, vuestro padre es un cardenal... —evitó en el último instante decir lo que tenía verdaderamente en mente: «... apreciado».

Con las yemas de los dedos se acarició la boca, como si le costase expresar por ella las palabras sucesivas.

—Pero sabemos bien de quién ha recibido la púrpura. Los Borgia han sido una dinastía poderosa que se enorgullece de contar con dos papas. Más que nosotros, los Colonna, que solo podemos ostentar uno, pero aquellos malditos españoles son pasto de los gusanos, mientras que nosotros estamos aún aquí y nos quedaremos para largo. —Se encogió de hombros dispuesto para el centro del discurso—: Este papa se aliará con quien le garantice el poder sobre la Toscana.

Dio con el dedo contra el chaleco que Pier Luigi había soltado casi del todo.

—¿Querrán, quizá, los Farnese secundarlo en la empresa?

Aquel se separó, dejando que el dedo del cardenal se meneara en el aire.

—Quizá los Orsini —prosiguió Colonna, indiferente—. ¿Estaréis con ellos? En Roma son casi tan poderosos como nosotros.

Farnese lo miraba sin hablar. El cardenal dio con la mano un golpe fuerte sobre el pecho y el rostro redondo enrojeció.

—Nosotros estamos hechos de otra pasta muy diferente. Hace doscientos años, mi antepasado Sciarra abofeteó incluso a un papa, ¡por Dios!

El otro hizo deslizar los labios sobre los dientes, con un movimiento que le tensó las mandíbulas.

—Vuestra idea del polvorín en el castillo sería una bofetada mucho más dolorosa —se burló—. Pero no creo que os la dejen realizar. Preocuparía a todo el mundo, también a vuestra familia.

Bajo la nariz de Pompeo Colonna los labios se relajaron.

—No me he equivocado, pues.

—Quizá no. Habéis lanzado una piedra al estanque. Vuestras palabras, dentro de poco, correrán por toda la ciudad.

—Habéis entendido mal —le corrigió el cardenal—. Me refería a vuestra intuición. Y no os equivoquéis sobre el polvo-rín. Mi familia tiene ambiciones sobre esta ciudad, no es algo nuevo. El emperador hoy es el hombre más poderoso del mundo y nosotros somos sus aliados.

—No podrá tener al rey mucho tiempo en prisión.

—Naturalmente que no. Y, en todo caso, su poder levantará muchos malos humores, incluido el del papa. Pero yo y mi hermano Ascanio tendríamos también la fuerza para tomar Roma sin su ayuda.

—No duraría —dijo Farnese.

Colonna lo miró a los ojos.

—Quizá no. En todo caso, no más de unos cuantos días. Tenemos necesidad de consenso. Nuestros aliados saben que tendremos el apoyo del emperador.

Farnese se arregló los cabellos con un gesto casi femenino.

—El apoyo del emperador será solo una pía esperanza, a menos que lo tengáis ya. —Torció la boca, casi aburrido—. ¿Tenéis una hoja con su sello? Muchos en Roma presumen de apoyos y poder, citando títulos más vacíos que sus establos.

Colonna enseñó los dientes.

—¿Pretendéis quizá insinuar algo sobre mi familia?

—Al contrario, eminencia —respondió el joven con una deferencia cortante—. Pretendemos darle crédito. Los Farnese no cederán a las lisonjas de los Orsini, no escucharemos a quienes apoyan a los franceses.

Se lamió la boca, cubriéndola de saliva.

—Me encantará escuchar cualquier ulterior iniciativa vuestra. No me preguntéis más, porque ahora no sabría deciros más. Esperemos acontecimientos.

El cardenal le tendió la mano y Farnese la estrechó, vacilando más de lo debido. Ojos en los ojos. Los dedos se movieron siguiendo la palma, rozándola. Subieron sobre la piel de la muñeca. El joven sonrió, y era una sonrisa que al cardenal le provocó un escalofrío.

—Esperaba a un músico —susurró, lascivo, el joven. Colonna retiró la mano—. No tengáis miedo —sonrió Pier Luigi Farnese—. Ese género de canciones vos no sabéis cantarlo.

El cardenal lo observó. «Maldito sodomita».

—Esperemos acontecimientos —repitió.